

El armisticio con los húngaros, durante el cual sufrieron los sajones pesadas cargas para pagar el tributo, tocó á su fin en el año 933; Enrique creyó entonces llegado el momento de romper el ignominioso pacto, que se había visto obligado á aceptar por una necesidad imperiosa. Las tropas estaban suficientemente adiestradas en la nueva táctica militar, los triunfos conseguidos sobre los eslavos les habían llenado de valor y de confianza. Sin embargo, en la guerra contra aquel terrible enemigo se jugaba un envite de importancia, por cuya razón Enrique llamó á consejo al pueblo sajón. Con expresivas palabras manifestó á los asistentes cuánto había mejorado la situación en los últimos años, fijándose especialmente en el feliz éxito de la guerra contra los eslavos; añadió que era preciso levantarse entonces contra los húngaros, pues para seguir pagando el tributo que aseguraba la paz se vería obligado á aumentar las ya tan pesadas cargas que sobre la raza gravitaban y á no respetar siquiera á los sacerdotes ni á los templos; y terminó presentando á los sajones la cuestión de si querían que aquel gravamen siguiera pesando sobre ellos ó si preferían adquirir, por medio de una atrevida lucha, la posibilidad de trabajar en pro de las iglesias y de los conventos, atendiendo al propio tiempo á la salvación de sus almas. Todos optaron en alta voz por esto último y con las diestras levantadas juraron al rey luchar con fidelidad y perseverancia contra los bárbaros. Cuando al poco tiempo la Sajonia se vió atacada por la caballería húngara, todo el país estaba convenientemente preparado para recibirla. Estando los húngaros en el país de los dalemincios, recibieron, en vez del tributo exigido, un perro muy gordo, enviado en són de burla por los sajones. Con rapidez suma, dirigieronse hácia el Oeste, á la Turingia, donde acamparon á principios del año 933, invadiendo luego la Sajonia. Entonces fueron puestos á prueba aquellos recintos creados por Enrique, detrás de cuyos muros y fosos se refugió la población del país llano, con todos cuantos bienes pudo llevar consigo; de suerte que el enemigo poco daño pudo causar en las tierras que fuera de ellos se extendían. La caballería, recientemente adiestrada y mandada por el rey en persona, estaba también dispuesta para la lucha; pero no libró batalla hasta que los saqueadores húngaros se dividieron y enviaron uno de sus ejércitos al Oeste para recorrer, según antigua costumbre, el campo raso y acorralar á sus defensores entre aquel ejército y el grueso de sus tropas. La división expedicionaria fué sin embargo casi totalmente aniquilada por medio de un ataque repentino de los sajones y turingios. Entretanto, el grueso de las fuerzas húngaras se dirigió contra un castillo real de Turingia, donde sabía que existían muchos tesoros. El asalto fué rechazado, y al tener noticia de que la división enviada al Oeste había sido derrotada completamente, resolvieron los caudillos húngaros reunir sus esparcidas fuerzas y emprender la retirada. Pero Enrique se encontraba cerca: en medio del palatinado ludolfingo, entre Turingia y el Harze, en el valle del Unstrut, junto á Rietheburgo, que es seguramente el pueblo designado por Widukindo con el nombre de Riade, esperaba, dispuesto para la lucha, la llegada del enemigo. Al aproximarse este, destacó Enrique, en 15 de marzo del año 933, una división de infantes turingios acompañada tan solo de una pequeña sección de caballería, con la órden de hacer frente á los húngaros y de engañarles para que se dirigieran hácia el grueso del ejército, que se encontraba á retaguardia. El plan solo en parte se vió coronado por el éxito; los húngaros, después de haber rechazado aquellas avanzadas, las persiguieron en un principio con encarnizamiento; pero luego, al encontrarse con la caballería del rey, operaron un rápido movimiento y, renunciando á la lucha, emprendieron precipitada fuga. La caballería de Enrique, que quiso perse-

guir á los fugitivos, solo consiguió causarles insignificantes bajas: la conquista del campamento enemigo y la libertad de muchos prisioneros que en él se encontraban fueron la única recompensa inmediata de la victoria; pero en aquella ocasión se mostró en toda su esplendor la habilidad con que el rey había preparado la liberación de la patria contra las terribles correrías que la asolaban y la audaz energía con que se había portado en el momento decisivo. La alegría y el júbilo reinaban en el campamento de Rietheburgo, y se extendieron por todas las comarcas sajonas apenas se supo la noticia de la victoria. Sus compañeros de armas llamaban á Enrique padre de la patria, soberano absoluto, emperador; la Alemania recuperó su antigua gloria, y los pueblos vecinos pronunciaban, llenos de temor respetuoso, el nombre del soberano cuyas sienes ceñía la corona de la victoria. Los húngaros se mantuvieron, desde entonces, apartados de las fronteras alemanas; y solo después de muchos años, aprovechando las funestas disidencias que surgieron en el seno de la familia real, encontraron nuevamente expedito el camino de Alemania.

La fama de Enrique subió todavía de punto cuando al año siguiente luchó victoriosamente contra los daneses y obligó á pagar tributo á Alemania al rey danés Gorm el Anciano, el temido adalid del paganismo septentrional. Este triunfo pareció después al erudito obispo Liutprando de Cremona mucho más importante que la victoria conseguida tranquilamente y sin efusión de sangre sobre los húngaros, victoria que el pueblo sajón y alemán, libre ya de horribles devastaciones, tuvo por el más preclaro timbre de gloria de Enrique y que fué siempre celebrada en canciones y en leyendas.

¡Qué giro tan feliz habían tomado las cosas en Alemania desde la muerte de Conrado! La Sajonia y la Franconia, que antes se combatían mutuamente, presas de desconfianza y de ambición, á la sazón vivían en perfecta armonía y eran las sostenedoras del imperio, al paso que la Baviera y la Suabia, á pesar de la independencia que conservaban para sus cuestiones especiales, se sometían en los asuntos de interés general al conjunto del imperio como sus miembros y servidores. La Lorena, desde el año 928, había entrado de nuevo en la confederación del imperio, porque el duque Giselberto quería emanciparse del dominio de Rodolfo de Borgoña, que había arrojado del trono franco-occidental á Carlos el Simple. Enrique supo también atraerse á este hombre inquieto y ambicioso casándolo con su hija Gerberga. Alemania había puesto término al espanto que infundían los húngaros: detrás de las murallas y de los fosos se desarrollaban los gérmenes de la vida municipal, la industria y el comercio, y los conventos, que ya no tenían que temer las correrías de los húngaros ni de los normandos, volvían á ocuparse en la literatura y en las ciencias, durante tanto tiempo olvidadas. El clero de Sajonia, que antiguamente solo había tenido una participación pequeña en aquellos estudios, consiguió alcanzar en ellos una posición importante. En Saale, Havel y Elba reanudaron los colonos alemanes sus trabajos y la dureza de los eslavos se suavizó con el roce de la cultura alemana y cristiana. El episcopado vió de este modo ensanchada la esfera en que debía ejercer una influencia tan recta como benéfica. Así como hasta entonces su adhesión á las ideas romanas le había hecho vivir en constante conflicto con los rasgos nacionales del desenvolvimiento alemán, á la sazón fué el más fiel y servicial defensor de este desarrollo; y en vez de hacer, con sus luchas contra la nobleza laica, que el Estado se viese gobernado por una monarquía indigna, se unió con sus medios espirituales y económicos á la nobleza laica, que luchaba contra los eslavos, daneses y húngaros, en pro del bienestar y del honor nacionales. En el centro y á la cabeza de este tan modifica-

do imperio, encontrábase el rey Enrique, tan afortunado hombre de Estado como general, y á su lado su esposa Matilde, por todos honrada, precioso ejemplo de reina á la par que de mujer de su casa, rodeados ambos de sus hijos Oton, esposo de la inglesa Edita, Gerberga, esposa del duque de Lorena, y Eduvigis, los tres nacidos de Matilde y á los cuales siguieron los dos príncipes Enrique y Bruno.

Desde la época de Carlomagno, ningún soberano alemán había administrado como él el imperio, dejándole libre de luchas, en perfecto estado de defensa, tan considerado en el interior y tan respetado en el exterior. Los triunfos conseguidos por Enrique I sobre los húngaros, los eslavos y los daneses recordaban las más brillantes victorias de los tiempos carolingios. ¿Era de extrañar que este recuerdo se hiciera extensivo á otros puntos de vista? Widukindo dice que los sajones vencedores proclamaron á Enrique emperador en los campos de Riade, y añade que después de haber sometido á los pueblos paganos, á su alrededor establecidos, quiso el rey dirigirse á Roma, proyecto de que le hizo desistir una enfermedad. Algunos han pretendido que este viaje debía tener el carácter de peregrinación, pero esto no se aviene con el carácter de Enrique. El relato de Widukindo parece más bien indicar que Enrique, con aquel viaje, se proponía ser coronado emperador en Roma. La Suabia y la Baviera confinaban con el reino de Italia, en cuyas revueltas contiendas con frecuencia habían intervenido los duques Burkhardo y Arnulfo. Enrique estaba aliado con Rodolfo de la Alta Borgoña, el adversario de Hugo de la Baja Borgoña, que trataba entonces de ceñirse la corona de Italia. Desde la muerte de Berenguer de Ivrea estaba vacante el imperio, cuya idea, sin embargo, subsistía y cuya renovación era deseada, en vista de la triste situación de la degradada Iglesia. Enrique tenía poder suficiente para devolver al imperio toda su importancia y con ello hubiera aumentado su autoridad como rey. Por eso el plan de dirigirse á Roma parece consecuencia natural, y conforme con las ideas de la época, de los triunfos que hasta entonces había conseguido la nueva monarquía sajona. Pero antes de emprender el viaje, el rey Enrique sufrió, á fines del año 935, en el palacio de Boshfelde, en Harz, un ataque de apoplejía. Sintiendo acercarse la muerte, convocó una asamblea de magnates y del pueblo que debía reunirse en Erfurt, en la cual, previo el asentimiento de los congregados, designó por sucesor á su primogénito Oton, no sin tener para ello que vencer, según parece, muchas resistencias en el seno de su propia familia. Matilde deseaba quizás, entonces, que su hijo predilecto, Enrique, fuese elevado al trono. El rey repartió entre los otros hijos sus bienes y sus tesoros, pero al frente de todos ellos y de todo el reino puso á Oton. Después de haber arreglado de esta suerte su familia y su Estado, hízose trasladar al castillo de Menleben, donde falleció á los sesenta años de edad y diez y siete de reinado, siendo enterrado en la catedral de San Pedro de Quedlinburgo, delante del altar. Bajó al sepulcro en medio de los lamentos y de las lágrimas de todo el pueblo.

CAPITULO II

ESTABLECIMIENTO DEL PODERÍO MONÁRQUICO ALEMÁN Y ADQUISICIÓN DE LA CORONA DE ITALIA POR OTÓN I

(936-955)

La síntesis de la actividad gobernante del primer soberano de la raza sajona, á la cual tanto amaba, se hizo por Widukindo de Corvei en estas concisas, pero significativas palabras: «Enrique murió en plena posesión de la soberanía,

como el más grande de los reyes de Europa; ninguno de ellos le aventajaba en cualidades corporales y espirituales. Dejó un hijo que estaba llamado á ser más grande que él, y á este le dejó un reino extenso y poderoso que no había heredado de sus antepasados, sino que había sabido conquistarse con el auxilio de Dios y de sus propias fuerzas.» Los autores modernos han querido rebajar los triunfos de Enrique (1) y culpar al historiador sajón por la preferencia que mostró hácia su héroe. Bien podría suceder que las grandes victorias que á sus sucesores se han atribuido esparcieran también su gloriosa luz sobre el reinado de Enrique, que transcurrió en medio de apuros y fatigas. La posibilidad de tales éxitos demuestra lo grande de su conducta y justifica brillantemente la prudente limitación, el sentido práctico que cuenta con los hechos consumados, y el carácter tranquilo y realista que caracterizan y distinguen la política de Enrique. Las alabanzas que Widukindo prodiga al primer rey sajón están plenamente justificadas por el arraigo que adquirió la dinastía durante aquellos penosos diez y siete años. Siguiendo la recomendación de Enrique, fué proclamado sucesor su primogénito Oton, sin que tampoco el episcopado ejerciera en el nombramiento influencia alguna. Posteriormente sin embargo otorgó solemnemente su asentimiento por medio de la consagración religiosa del nuevo rey. El hecho de recordarse entonces intencionadamente á Carlomagno, demuestra el cambio que se había operado en la situación de la monarquía.

Lo que, en Erfurt, se había convenido con el moribundo monarca debía ser solemnemente ratificado en Aquisgran. En la galería de columnas que unía el palacio con la iglesia de Santa María de esta ciudad, los duques y magnates saludaron á Oton de Sajonia, le colocaron en el trono allí preparado y le proclamaron rey, jurando con las manos extendidas, serle fieles y ayudarle contra todos los enemigos. Después, fué conducido en procesión solemne al templo, donde le esperaban la nobleza laica, los obispos, el clero y una multitud de gente del pueblo, lleno de júbilo. El arzobispo Hildeberto de Maguncia tomó por la mano al rey y le llevó al centro de la iglesia, debajo de la bóveda de la cúpula, donde todos los circunstantes podían verle, presentándole como el elegido de Dios, recomendado por Enrique y reconocido por todos los príncipes. Todos los asistentes dieron su consentimiento prorumpiendo en aclamaciones y levantando la mano derecha. Luego el arzobispo condujo al rey, que vestía á la francesa, hasta el altar mayor, donde le entregó las insignias reales, tales como la espada y el cinturón, el manto y los brazaletes, el cetro y el bastón, y le recordó, en un discurso, los deberes que el cargo de monarca le imponía. Después de esto, Oton fué ungido y coronado por Hildeberto de Maguncia y Wikfredo de Colonia; y adornado con todas las insignias de la nueva dignidad fué llevado á un balcón que se abría entre dos columnas para ser desde allí presentado al pueblo. Celebróse luego un solemne banquete en el palacio imperial, en el cual los duques sirvieron en persona al rey, acto simbólico pero característico para los progresos que había hecho la monarquía. El hecho de que Giselberto de Lorena, en cuyo territorio estaba situada la ciudad de la coronación, dirigiera aquella fiesta; de que Eberhardo de Franconia cuidara de la mesa; de que Hermann de Suabia escanciara el vino, y de que Arnulfo de Baviera contuviera al pueblo que á presenciar la fiesta acudía, demuestra de un modo gráfico la unidad del imperio bajo un solo soberano.

(1) Véase especialmente Nitzsch, obra citada, I, pág. 308, véase página 298.

Y sin embargo, esta fiesta de Aquisgran encerraba el germen de nuevos conflictos, pues cada cual de los que en ella tomaron parte dió á aquellos actos simbólicos distinta significación. Para los duques no significaban mas que el reconocimiento de las relaciones creadas por Enrique entre ellos y la monarquía. Oton vió en ellos el punto de partida para una nueva transformación de tales relaciones y un programa



Estatua del emperador Oton I, en la catedral de Magdeburgo

que debía desarrollarse y ser paulatinamente aceptado. En esto vemos retratado el carácter del nuevo rey. Oton, que entonces contaba veintiun años, tenía mas talento que su padre: al enérgico sentido práctico de este, unía un elevado idealismo, que no era el de un jóven inexperto, sino que tenía un sello marcadamente político. En su imaginación hervían las ideas teocráticas que acerca de la soberanía había tenido Carlomagno, y que por este habían sido aplicadas cuando trató de organizar su imperio. Recordaba con preferencia á este soberano, cuyas huellas encontraba á cada paso en Aquisgran, pero llegó á aventajarle en claridad y en cons-

tancia, en talento político y en justificado egoísmo. Sabio calculista, no faltó de aquella astucia que era hereditaria en la raza sajona, ambicioso de poder, y dispuesto á las mas atrevidas empresas para conservarlo; de carácter reservado y poco comunicativo, que solo admitía consejos de algunos hombres de probada confianza; ganoso de imbuir en el ánimo de todos sus contemporáneos la idea que de su misión como soberano tenía formada; valiente guerrero, pero aficionado al propio tiempo á resolver los asuntos no solo por las armas sino tambien por medio de negociaciones diplomáticas; gran conocedor de los hombres y maestro en el arte de escoger sus auxiliares, tal se nos presenta Oton I. Si queremos hacer su retrato perfecto estudiando los hechos de su gobierno, que duró cerca de cuarenta años y que se vió amenazado de grandes peligros, pero coronado por grandes victorias, veremos que era hombre de excepcionales condiciones, despótico, que en los mas críticos momentos se mantenía firme por la confianza casi fatalista que en sí mismo y en el derecho real divino tenía; sumido las mas de las veces intencionadamente en una especie de sombrío misticismo que le ofrecía á los ojos del mundo como el escogido por Dios. En las narraciones contemporáneas, todo esto está envuelto en la aureola de la virtud y de la perfección cristianas: en ellas se presenta al rey como modelo de un soberano enteramente grato á Dios, que no comete ninguna injusticia y á quien no se puede echar en cara una violencia ni una crueldad; como un sér que contando con el favor y la gracia de Dios, vence con la fuerza de sus oraciones á los enemigos que le amenazan y que, exento de egoísmo, solo se esfuerza siempre y en todas partes por seguir los mandatos divinos y por implantar en la tierra el celeste reino. La tradición, en parte cortesana, en parte eclesiástica y siempre con tendencia á un mismo objeto, ha idealizado de tal manera á Oton I, que ha acabado por hacerle completamente desconocido. La época en que se desenvolvió la juventud de Oton era poco á propósito para formar estos caracteres ideales, y lo que vió Oton durante los primeros veinte años de su gobierno, no podía hacer de él un soberano que adoptara como norma de su conducta política la moral religiosa. La lucha por la existencia, que tuvo que sostener contra personas á él unidas íntimamente por vínculos de la sangre, las contiendas contra la traición y desercion de aquellos que hubieran debido ser los mas firmes apoyos de su trono, la pérdida ingrátitud con que se olvidaban los favores con pródiga mano dispensados, eran para indignar y endurecer á las almas mas blandas y bondadosas. Por eso no es extraño que Oton I cometiera algunos actos de violencia y de crueldad, que una historia laudatoria en parte calló y en parte excusó, tratando con intencionada benevolencia á los principales enemigos de Oton porque pertenecían á la familia real, porque el sentimiento dinástico era poderosísimo entre los sajones. Además toda la vida intelectual, tal como entonces se despertaba en Alemania, y especialmente en Sajonia, había sido desarrollada por los sajones y bajo su dirección. Las fundaciones de los ludolfingos, dirigidas por individuos de la familia real, eran las que principalmente coleccionaban las hazañas de Oton y de los suyos, que debían pasar á la posteridad; y los que mas en esta tarea se ocupaban eran los sacerdotes, que estaban por completo sometidos á la influencia poderosa de las tendencias religiosas que, por los esfuerzos de Oton, dominaban en Alemania. El clero celebraba en Oton al instrumento escogido por Dios, por obra del cual la Iglesia, que había caído en la abyección y en la impotencia, se veía levantada y otra vez en condiciones de llenar su misión. No tenía en cuenta que con estos elogios la Iglesia se ponía completamente bajo la dependencia del Estado y se obligaba á ser-

virle con todos sus recursos. Esta historia, escrita por eclesiásticos, confundía los medios por Oton empleados con los fines que se proponía alcanzar y le presentaba como si todos sus esfuerzos tendieran exclusivamente á hacer que todo el orden político por él creado redundara en honra y provecho de la Iglesia, cuando en realidad Oton se aprovechaba de los beneficios y de la honra que dispensaba á la Iglesia para sus fines políticos y para hacer de ella el mas venerado pero tambien el mas gravado apoyo de la monarquía. Los servicios de la Iglesia, si es que con tales palabras puede dorarse el yugo que se le había impuesto, fueron el centro de gravedad de la política de Oton I: con él vivió y sucumbió la soberanía de los Otones de aquende y allende los Alpes.

El cambio ocurrido en el trono fué aprovechado por los enemigos extranjeros de Alemania. En Bohemia, el duque Boleslao, que en 935 había asesinado á su hermano Wenceslao, feudatario del monarca alemán, violó el juramento de fidelidad y asoló las fronteras alemanas con sus correrías y rapiñas. A consecuencia de esto, las tribus wendas, y en

primer término los redarios, no bien sujetos todavía, empuñaron las armas. Los húngaros se apresuraron tambien, segun dice Widukindo, á probar la fuerza del nuevo rey, é invadiendo la Franconia, se dividieron de manera que una parte asoló la Suabia y otra devastó la Sajonia. Oton rechazó felizmente el ataque y confió la lucha contra los rebeldes wendos al noble sajón Hermann, fundador de la dinastía ducal de los billingos; tambien confió á su fidelidad su representación en Sajonia, y de esta suerte aquella familia fué adquiriendo allí la posición que habían tenido los ludolfingos, evolucion cuyos pormenores no conocemos. En los tiempos que siguieron, los ludolfingos se mostraron cada vez mas hostiles á la raza sajona; por eso los billingos se apresuraron á ocupar el puesto que sus rivales dejaban, y á declararse en pro del espíritu de raza de los sajones, llegando á ser sus héroes y favoritos, representantes del modo de ser sajón y objeto predilecto de las leyendas de raza. Esta familia que, en tiempo de Oton I, fué ilustre y rica y estaba emparentada con la casa real, se nos presenta por la tradición



Sello real de Oton I



Sello imperial de Oton I

en los primitivos tiempos como una pobre familia libre, cuyo amor á la libertad, cuyas virtudes, cuyas incesantes guerras fronterizas contra los wendos y cuya repulsión hacia el clero y hacia la soberanía de la Iglesia hacen de ella la personificación de las mas notables cualidades de la raza sajona. El sentimiento de raza sajón, puesto así de manifiesto, fué un factor político de suma importancia, del cual procedieron, entre otras cosas, los primeros grandes conflictos que conmovieron la monarquía de Oton.

Desde el año 918 la monarquía alemana se apoyaba en la alianza de Sajonia y Franconia, alianza que se hizo problemática cuando el duque Eberhardo no quiso reconocer la autoridad suprema que Oton reclamaba para la monarquía. Esta oposicion tuvo por causa el castigo impuesto á aquel noble por la injusta venganza que había tomado en su lucha con los sajones y por las penas infamantes á que sus fieles servidores habían sido condenados. Eberhardo creía ser el primero que había allanado el camino á la monarquía sajona. Esto hizo renacer el antiguo antagonismo entre Sajonia y Franconia. Además, quejábanse muchos de la arrogancia de los sajones, orgullosos de su soberanía. Estos á su vez repugnaban someterse al orden severo que Oton se esforzaba por conseguir y que era incompatible con las injustas luchas contra los pueblos vecinos y con el afán que tenían los sajones de guerrear ora entre sí, ora con los francos. Murmuraban contra el duro gobierno de Hermann Billing, y la ambición de algunos magnates descontentos alimentaba y utilizaba esta excitación. Cuando quedó vacante el importante condado de Hargau, situado junto á la marca wenda, entre el Saale y el Elba, por muerte del conde Sigifredo (pariente de

Hatheburga, á quien había otorgado Oton su confianza y cuya protección había confiado á su ambicioso hermano, el hijo favorito de Matilde), Thankmaro, hermanastro del rey, hijo de Hatheburga, formuló pretensiones á la sucesión. Oton, sin embargo, dió el importante territorio al conde sajón Gero, que se distinguió allí de un modo extraordinario y llegó á ser muy pronto el terror de los wendos. Desde entonces ardía Thankmaro en deseos de mostrar con hechos su descontento.

La verdadera causa de estas y otras contiendas análogas estaba en la nueva idea que tenía formada Oton de la monarquía y de sus derechos. El rey ungido y coronado no se contentaba con la posición modesta que su padre había ocupado respecto de los duques. Al apelar al auxilio de las ideas teocráticas para robustecer sus derechos, naturalmente tuvo que poner estrechos límites á la existencia política especial de las razas. El choque producido por el antagonismo ocurrió primero en Baviera, donde á la muerte del duque Arnulfo, su hijo Eberhardo se negó á prestar el juramento de fidelidad. Despues de haberle vencido, puso Oton al frente de Baviera al otro hijo de Arnulfo, Bertoldo, arrebatándole el derecho que tenía de disponer de los obispados y poniendo á su lado, á modo de inspector y con el título de conde palatino, á su hermano Arnulfo. Todos los duques se vieron directamente amenazados en la persona de Eberhardo, cuya vida acabó de un modo por nosotros ignorado; ya era de prever que voluntariamente no habían de someterse al nuevo orden de cosas. Los ataques contra la monarquía y las tentativas para reducirla á sus antiguos límites estallaron ante la perspectiva de la tensión que entre Sajonia y Franconia